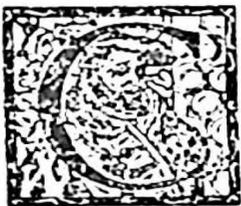


Paul Schostakovsky

Elementos constitutivos del espíritu ruso



REO no hiperbolizar afirmando que el pueblo ruso es un pueblo sin precedentes en la historia de la humanidad. Consecuentemente, es muy natural que las manifestaciones de su espíritu sean originales y sigan caminos propios fuera de las vías tradicionales de la cultura occidental; razón por la cual muchas exteriorizaciones del espíritu ruso parecen a los occidentales raras, exóticas, fuera de lo acostumbrado.

En aquella extrañeza de aspectos, así como en la diferencia fundamental de los conceptos literarios occidentales y rusos, reside lo atractivo de las letras rusas, su ascendiente sobre los intelectos educados en los dogmas rígidos de los preceptos culturales del Occidente.

Las palabras: «el enigma ruso», «el alma eslava», pasaron a ser lugares comunes.

Buscar la clave de aquel enigma para ver más claro en el laberinto ruso, para facilitar al lector un juicio

propio más acertado sobre cosas, gentes y obras rusas, es el objeto de este capítulo.

Las dificultades que presenta el estudio del idioma ruso, y la consecuente imposibilidad de conocer los textos originales de los grandes escritores rusos, hacen inadecuados, para el mundo iberoamericano, los métodos clásicos de investigación directa. Ni siquiera los traductores castellanos pueden enfrentarles. Tienen que contentarse con retraducir las traducciones inglesas, francesas o alemanas. El espíritu y el sabor original de las obras resultan por ello dos veces estropeados.

Aun el abecedario ruso se opone a la realización de pretensiones mínimas, por ejemplo, la de descifrar un título o una leyenda explicativa, puesta al pie de una ilustración. Las letras rusas tienen un aspecto desconocido o suenan de otro modo que en el abecedario latino: ¿quién puede adivinar que la extraña palabra *pectopah* se lee en ruso *restoran*?...

Para penetrar en el mundo ruso, abierto y hermético al mismo tiempo, hay que investigar cómo ha podido formarse el espíritu ruso, extremista en todas sus manifestaciones, en todos los reflejos de su alma mística e insondable.

• • •

Los elementos constitutivos del espíritu ruso son cuatro:

1.º La geografía física;

2.º La raza;

3.º La religión, es decir el ortodoxismo, y

4.º La historia.

Que el temperamento de cada pueblo—su idiosincrasia—es función de la geografía física de su territorio, es la evidencia misma. Pues la de Rusia, mirada en su conjunto, desorienta por su escala gigantesca: linda con el Océano Glacial al norte y con la India tropical al sur, con el Mar Báltico al oeste y con el Océano Pacífico al este. Claro, las fronteras así presentadas son las que alcanzó en definitiva el Imperio Ruso; pero anotamos que, partiendo de Moscú, la expansión rusa no encontró otros estorbos geográficos para su progresión que los mares y los océanos que circundan la Rusia actual.

Al igual de los extremos climatéricos que aquella extensión impone, los elementos fundamentales de la naturaleza rusa: la selva, la estepa y el río, tampoco tienen linderos razonables.

La selva cubría antiguamente toda la parte central y septentrional de Rusia, extendiéndose, casi sin interrupción, a través de dos continentes; la estepa del sur de Rusia corre desde los contrafuertes de los Cárpatos hasta la cadena montañosa de Tian-Chan en el Asia central; en cuanto a los ríos, éstos se miden por millares de kilómetros.

La selva, rica en caza, en hongos y bayas de las especies más variadas, daba a su nombre todo lo que él necesitaba para vivir, abrigo, sustento y vestido; todo,

salvo el pan, ya que la agricultura aprovechaba únicamente los claros disputados al bosque con gran sacrificio y esfuerzo. La selva servía además de refugio, pero tenía también el inconveniente de ocultar en su espesura bestias y gentes malvadas. El aislamiento, la ausencia de vecinos, inculcaba en el alma cierto miedo y predisposición al misticismo, a la meditación, a la vida contemplativa. La colonización del norte y del noreste de la Rusia europea no fué sino una lenta progresión de los moscovitas tras ermitaños y frailes que huían del mundo buscando un retiro en las soledades forestales, y que el mundo perseguía, sea para encontrar consuelos espirituales, sea para mejorar sus condiciones de existencia.

La estepa, siendo la prolongación natural de las llanuras del Asia Central, no proporcionaba refugio alguno, por encontrarse en la ruta de los pueblos nómades, crueles y sanguinarios, que el Asia mandaba a la conquista del occidente. La riqueza de su suelo, del famoso «chernosiém»—tierra negra—así llamado por el color de su humus, hubiera podido hacer la delicia del agricultor, sin el peligro continuo de las correrías de los nómades. La seguridad se estableció en la estepa sólo a fines del siglo XVII; mientras tanto, en medio de luchas no interrumpidas, se forjó el espíritu guerrero de los cosacos y el pueblo ruso concibió el amor del espacio y del horizonte ilimitados.

El río tuvo una influencia, tal vez, más importante, por la variedad y las consecuencias de sus aspectos.

Es que la meseta central de la Rusia europea, en que está ubicada la ciudad de Moscú, engloba las fuentes de casi todos sus ríos, asegurando a sus habitantes comunicaciones náuticas con los cinco mares que la circundan. Cuando los varios sistemas fluviales se unieron por medio de caminos de acarreo, las vías de navegación interna adquirieron el rango de rutas de tránsito internacional. La más famosa de ellas y que existía ya en la remota antigüedad, era la gran ruta Varego-Griega, que unía la Escandinavia, entonces país de los varegos, a Constantinopla, entonces el Bizancio de los griegos. La influencia que ejercieron aquellos magnos sistemas fluviales sobre la vida económica y el espíritu de la nación se refleja en las canciones y obras épicas del pueblo ruso; el cual siempre atribuye a sus ríos cierta personalidad, tratándoles como a sus amigos queridos. El Volga, por ejemplo, que en ruso es femenino, lleva los sobrenombres cariñosos de «Madrecita» y de «Nodri-za»...

Los ríos rusos fueron no sólo nodrizas, sino educadores del pueblo, ya que el tráfico comercial que fomentaron despertó el sentido de la comunidad de intereses, de las ventajas de una vida de asociación; desarrolló la tolerancia de creencias y costumbres extranjeras y, al mismo tiempo, avivó el espíritu de iniciativa y el ardor aventurero.

El clima, rigurosamente continental en la mayor parte de Rusia, presenta extremos que el Occidente desconoce. Comparándolo con el de Santiago de Chi-

le, se puede decir que los calores del verano llegan a los mismos extremos; que el otoño corresponde a los días lluviosos y fríos del invierno chileno; en cuanto al invierno ruso, hay que conocer a los países nórdicos para poder representárselo.

Una espesa alfombra blanca cubre el país entero, apagando cualquier sonido, purificando el aire; bajo aquel plumazo blando la tierra duerme su sueño invernal. El campo, y aun las ciudades, están silenciosos; los trineos se deslizan sobre los caminos de nieve sin ruido alguno; las aves han emigrado a regiones templadas; la gente se abriga en sus casas bien cerradas, bien protegidas contra el frío; las puertas y las ventanas son dobles, dobles los pisos y los techos, anchas las murellas; grandes estufas calientan las más humildes moradas; cualquier mujik tiene su «polushubok» (pelliza de piel de oveja), ya que de otro modo no podrían resistir el frío; no hay trabajos afuera; el campesino descansa calentándose en su izbá. Los ríos y los lagos se revisten de una coraza de hielo hasta de un metro de espesor y continúan sirviendo de vías de comunicación, recorridas por caballos y trineos en vez de barcos. El invierno es la temporada de transportes terrestres en Rusia. Los campesinos están disponibles; la nieve ha borrado las asperezas de los caminos naturales y facilita la tracción. Innúmeras series de trineos se encaminan hacia los embarcaderos de los ríos vecinos, llevando los productos del campo que allá esperarán la primavera y con ella la apertura de la temporada de

navegación fluvial, que les permitirá seguir hasta los mares.

Pero, de todas las estaciones rusas, la más encantadora, la que mayormente infuye sobre el alma humana es la primavera. ¡Hay que vivir uno de aquellos días en que los ríos rompen su coraza de hielo y los rayos del sol primaveral transforman en torrientes de agua turbulenta, la alfombra de nieve que recubría sus orillas; cuando los ríos desbordados se arrojan hacia los mares lejanos, llevando en su cresta espumosa témpanos de hielo y todo lo que no pudo retirarse o evitar su aluvión impetuoso; cuando las fuerzas de la naturaleza vuelven a la vida, obran a la vista, hacen milagros: funden la nieve, cubren la tierra en un cerrar y abrir de ojos con una vegetación de esmeralda, y pueblan los bosques y las aguas con millones de pájaros, vueltos con los primeros días templados de sus estaciones invernales! . . . ¿Cómo pintar toda la intensidad de impresiones que llenan el alma humana al ver aquel prodigio grande? . . . Y cuando llega el mes de mayo, derramando de su cornucopia flores y más flores, adornando prados y bosques, impregnando el aire con sus aromas embriagantes, los corazones laten más fuerte, y las emociones violentas de la primavera se apoderan del alma humana impetuosamente . . .

• • •

La raza rusa se ha formado (y el proceso de su formación todavía no está terminado) al contacto con

más de ochenta pueblos y tribus, que rodeaban el núcleo principal de los «grandes rusos». Fueron llamados así los que se arraigaron en la meseta central de la Rusia europea, para distinguirlos de los «pequeños rusos» (ukranianos), de los «rusos blancos» (etnográficamente, bien entendido), etc.

Sin detenerme en detalles etnográficos, me bastará indicar que, la unificación de la raza, favorecida por la ausencia de baluartes naturales tras los cuales los diferentes elementos etnográficos hubieran podido encontrar refugio; favorecida por el ortodoxismo y la sabia política de los príncipes moscovitas, fué llevada a cabo por la Gran Rusia con una fuerza dinámica de absorción y de asimilación tal, que, actualmente, no quedan en presencia sino tres grupos principales: el eslavo, el finés y el tártaro.

El grupo finés ocupó primeramente todo el norte y el noreste de la Rusia Europea, es decir, un territorio mayor que el de los eslavos, fijados en aquellos tiempos en la región de Kiev. Los fineses, dispersos sobre un territorio inmenso, repartidos en un gran número de tribus sin cohesión, ni organización interior alguna, se dejaron conquistar y asimilar por los eslavos con una docilidad perfecta; religión e idioma, usos y costumbres, lo aceptaron todo sin dificultad alguna. Sus rasgos salientes son: la paciencia, la solidez y la perseverancia.

Los tártaros, cuyo nombre proviene del latín «tartarus», infierno, (la Europa espantada bautizó así en el

siglo XIII a las huestes mongólicas de Gengis-Kan), son, al contrario de los fineses, rebeldes a la asimilación y, a lo largo de los siglos, desaparecieron en gran parte por vía de eliminación. Su falta absoluta de ductilidad les hizo insensibles al desarrollo cultural de sus conciudadanos, razón por la cual, a medida que progresaba Rusia disminuía la posición social de los tártaros que se consagraban a oficios siempre más y más humildes. Sus calidades son: sobriedad, aseo y una alta moral doméstica.

En fin, el eslavo pertenece a la gran familia ariana. Su primera ubicación en Europa estuvo, probablemente, al norte de los Cárpatos. Los pueblos occidentales le oprimían durante mucho tiempo debido a su posición geográfica deficiente. La palabra «esclavo» está sacada de su nombre.

Para no caer en lo arbitrario describiendo el carácter eslavo, ya que diciendo «eslavo» todos piensan en el «ruso», tomo prestada del libro *Littérature russe* de K. Waliszewski su sentencia al respeto. Waliszewski también es eslavo, pero enteramente subyugado por la cultura francesa, y cuya ascendencia polaca le inclina a tratar a los rusos sin simpatía alguna. De modo que hay razones para creer que su fallo no está tachado de parcialidad.

Después de haber anotado que la civilización clásica, así como la occidental, se hizo sin la intervención del eslavo, pero que, a pesar de ello las vías del doble movimiento cultural del Renacimiento y de la Refor-

ma fueron abiertas por dos esclavos, Copérnico y Huss, dice el señor Waliszewski:

«Así queda comprobada una aptitud segura (de los esclavos) para la cultura y su gran espontaneidad. Agregad que aun bajo el cielo del norte poseen una exuberancia, que tal vez no se encuentra en el mismo grado entre los pueblos más meridionales, y un genio removido, inconstante, anárquico, incoherente, un temperamento flexible, elástico, de una receptividad ilimitada; un don de imitación, en fin, aun más desarrollado que en el finés...».

En aquella caracterización, yo encuentro que falta una palabra: «místico», ya que, aun exagerado hasta lo extremo los defectos así como las calidades enumeradas por Waliszewski, no hay posibilidad de obtener un ruso típico, sin añadir la influencia del ortodoxismo, cuya impronta permanece imborrable aun en la gente de la Rusia actual.

•••

El mutismo de Waliszewski sobre la cuestión religiosa se explica muy bien. Desde que el racionalismo se apoderó definitivamente de la ciencia occidental, es decir, desde los principios del siglo pasado, el respeto humano impide a los historiadores y literatos, que estudian los orígenes de la civilización y de las letras rusas, otorgar al ortodoxismo el puesto que le pertenece en cuanto a la formación y al desarrollo del espíritu

ruso. El ortodoxismo les parece un elemento tan arcaico, ingenuo y fuera de moda que, aun señalándolo, se avergüenzan de reconocer su verdadero significado.

A esta falla grave debe atribuirse, en gran parte, la persistencia del enigma ruso, ya que los que quieren comprender a los rusos tienen que comenzar por comprender el ortodoxismo, que se refleja en el alma eslava con fuerza, tal vez, mayor que la de sus demás elementos constitutivos.

Para dar una idea de lo que es el ortodoxismo, lo más práctico me parece ser el señalar las diferencias que separan la Iglesia Oriental Ortodoxa o griega de la Iglesia Romano-Católica.

Durante los diez primeros siglos del cristianismo, las dos Iglesias estuvieron en estrecha comunión, formando una sola, y las únicas divergencias que minaban la concordia, se referían a la rivalidad de preeminencia entre los patriarcas de Bizancio (Constantinopla) y los papas de Roma. La discordia no era sino política. Cuando en el año 476 de nuestra era desapareció el Imperio de Occidente, los Emperadores y Patriarcas de Bizancio reclamaron para sí la herencia romana. La controversia se limitaba nada más que a esto.

La separación definitiva, ya por una razón dogmática, tuvo lugar en la primera mitad del siglo XI. Las iglesias se separaron por haber Roma agregado al Credo de Nicea la palabra *Filioque* en la definición de la procedencia del Espíritu Santo. Luego el Papa Gregorio VII (1073-1085) adoptó varias medidas de

disciplina eclesiástica que, sin tocar a los dogmas, sellaron la diferencia del espíritu que animaba a las dos iglesias: celibato del clero secular, comunión de los laicos con hostia en vez de pan y vino, etc.

Desde entonces, la divergencia no hace sino crecer, ya que el oriente condena cualquiera adición así como cualquiera derogación a la obra de los concilios ecuménicos. Es decir, la iglesia ortodoxa estima que el edificio de la fe está hace siglos terminado, mientras que Roma se niega a detenerse en la vía de las definiciones dogmáticas. En fin, en 1870, bajo el papa Pío IX, se consagró por el Concilio del Vaticano el dogma de la infalibilidad papal en materias de fe y costumbres. Así quedó legalizada la tendencia que Roma había impuesto tácitamente desde siglos.

«De todas las disidencias, antiguas y recientes,—dice A. Leroy-Beaulieu en su obra *L'Empire des Tsars et les russes*,—una sola, la última, tiene una real importancia religiosa y política. En ella se resumen todos los disentimientos de las dos Iglesias».

Creo que Leroy-Beaulieu está en lo justo. Como buen católico, sintió que el dogma de la infalibilidad papal encierra en sí la esencia misma del espíritu romano, haciendo resaltar lo que le separa del espíritu ortodoxo.

Las consecuencias de aquella diversidad de ideas son capitales. Roma transformando en creencias obligatorias las opiniones libres, se reserva el derecho de encerrar a sus feligreses en un círculo dogmático siempre más

estrecho, mientras que en la Iglesia Ortodoxa no existe la posibilidad de decisiones dogmáticas nuevas: los límites de la fe están fijados para siempre; resulta de ello que el espacio dejado a la discusión es más vasto y un ortodoxo puede moverse a voluntad dentro de su recinto.

Privada de un jefe único, que posea el prestigio de la infalibilidad, la Iglesia Ortodoxa tuvo que tener un destino diferente de la Iglesia Romana. Realmente, mientras en el Occidente Roma era un centro de atracción hacia el cual convergía todo, en el Oriente la Iglesia poseía una fuerza centrífuga que multiplicaba los centros de la vida religiosa y daba a cada pueblo una Iglesia autónoma; y aquí tocamos el rasgo principal del ortodoxismo, su mayor debilidad y al mismo tiempo su mayor fuerza.

La nacionalización de la Iglesia excluye la posibilidad de cualquiera pretensión en cuanto al poder temporal y, consecuentemente, expone la Iglesia a la dominación del Estado; pero, libertándola de preocupaciones temporales y de sus consecuencias molestas e inevitables, realza su prestigio espiritual y concentra todas sus fuerzas vivas en la labor de la salvación de almas. Al mismo tiempo agrega al sentimiento puramente religioso, el cariño que todo pueblo siente por sus cosas propias, por sus cosas nacionales. Por eso los renegados son tan escasos entre los ortodoxos; cambiar de religión les parece una traición doble: religiosa y nacional. Por eso también, aun los hombres que pierden su

fe conservan generalmente para la Iglesia Ortodoxa un cierto cariño.

Y ahora, saquemos las conclusiones.

El solo hecho de que la Iglesia Ortodoxa se detuvo, en cuanto a las definiciones dogmáticas y a la liturgia, en los primeros siglos del cristianismo, acerca su espíritu a los tiempos remotos del ascetismo oriental de la Tebaida. En ningún momento el ortodoxismo cedió algo ante el progreso, ante las exigencias de la vida. Desconoce indulgencias y dispensas. La liturgia se canta como se cantaba en los tiempos de San Juan Crisóstomo y de San Basilio, en el siglo IV. Los ayunos son rigurosos, sin carne, ni huevos, ni productos lácteos. Nada de extraño entonces, que, entre los pueblos cristianos, el pueblo ruso conserva más que cualquier otro las aspiraciones y virtudes propias del cristianismo. Diré más: no es raro encontrar en el pueblo ruso lo que se perdió por completo entre los pueblos occidentales, a saber, del espíritu de ascetismo y de abnegación, el apego a la pobreza, a la mortificación, al sacrificio.

Los críticos occidentales y aun los rusos, dicen que el mujik entiende mal la doctrina de Cristo, que ignora los dogmas de su propia fe. Puede ser. Sin embargo, lo cierto es que su alma es ortodoxa.

Ninguna religión, salvo el judaísmo, penetra en el modo de vivir de un pueblo como se infiltró el ortodoxismo en el modo de ser del pueblo ruso; no hay aspecto, ni rasgo de las reglas domésticas y de la manera de conducirse que no pueda ser llamada «ortodoxa»; un

mujik ruso duerme, come, trata a su mujer y a sus hijos como un ortodoxo. Hasta tal punto está convencido de que lo es y de que lo son sus conciudadanos que, dirigiéndose a éstos, nunca dice: señores, o muchachos, o camaradas, o compañeros, sino: «¡oíd ortodoxos!».

Por eso, al leer una obra rusa, nunca caerá el lector en error si, al juzgarla, se recuerda de que la escribió un ortodoxo y de que se trata en ella de cosas del mundo ortodoxo, aun si el autor expone una teoría atea y contraria al espíritu de su país y de su pueblo.

* * *

Me parece indispensable abrir un paréntesis en este punto para explicar hasta donde llega mi pensamiento en el afirmar que el pueblo ruso es y se siente ortodoxo; para que mis afirmaciones no parezcan arbitrarias y aun contrarias a la realidad.

Hay dos exageraciones o errores grandes y muy comunes que evitar en la apreciación de lo que afirmo. El primer error consiste en la atribución al cristianismo—hablo del cristianismo puro, sea ortodoxo o sea católico—de un papel que no le pertenece. Los racionalistas y junto con ellos gentes que en los asuntos religiosos razonan fuera de la doctrina eclesiástica, piensan a menudo que el fin de la religión es reeducar, reformar la naturaleza humana. De aquí la conclusión ingenua de que un ortodoxo, empapado en el espíritu de su religión, y que merece realmente el título de ortodoxo,

debe ser un cristiano perfecto, sin mancha, ni pecado alguno. En realidad, en el concepto ortodoxo, el fin que persigue la religión es salvar las almas escogidas, « porque muchos son llamados, y pocos escogidos » (Mt. 22, 14). La humanidad puede continuar en sus errores y ser lo que quiera. con tal que un núcleo de escogidos salve sus almas, el fin del cristianismo está alcanzado. Ciertamente, sólo los hombres de fe pueden entenderlo y aceptarlo, pero el texto evangélico lo afirma así.

Otro error muy común y que deriva del precedente se expresa en la pregunta: ¿cómo reconciliar el sentimiento místico, el sentimiento religioso del pueblo ruso con su ferocidad, con su crueldad, de las cuales los mismos escritores rusos han dado tantos ejemplos inequívocos?

Para los ortodoxos la contestación es muy sencilla: ¿en qué ambiente tiene que trabajar el diablo, sino en el ambiente por excelencia religioso? Y para hacer palpar hasta qué punto el pueblo ruso, analfabeto e ignorante, lo siente, contaré una anécdota que presencié personalmente.

Unos 25 años ha, en la cubierta de un vapor que circulaba entre St. Petersburgo y el monasterio de Valaam, ubicado en el lago de Ladoga, oí la conversación de dos mujiks que salían de la capital en viaje de peregrinación al famoso santuario. Uno de ellos, anciano venerable, explicaba al más joven y menos experimen-

tado, enseñándole la capital, que desaparecía tras una vuelta del río Neva:

—¿Ves? ¡qué ciudad más grande!, y sin embargo, está a cargo de dos diablos solamente, y aun estos dos a menudo no tienen qué hacer, mientras que, en el monasterio de Valaam, a pesar de que es chiquito, cuarenta diablos apenas logran cumplir toda su tarea. ¡Qué lugar más santo! ¡Y yo añadiré: qué concepto maravilloso de la imperfección, de la falibilidad de los hombres aun santos; de la tentación inherente a la naturaleza humana; qué humildad más grande; qué desprecio ascético de la imagen de este mundo! No impresionó a aquellos mujiks la capital del Imperio Ruso, donde los diablos no tienen qué hacer, ya que la gente, por decir así, se echa al abismo de Satán; les impresiona Valaam, monasterio donde cuarenta diablos trabajan día y noche sin descansar para desviar del camino justo a un centenar de frailes. Ahora, para los racionalistas, que no aprecian las anécdotas de este género, hay una explicación científica: la ley de los extremos; las oscilaciones del péndulo son siempre simétricas: más grande es el recorrido hecho por el lado derecho, más grande será el recorrido correspondiente al lado izquierdo. . .

En fin, nadie sabe en qué acabará el mujik que hoy en día se emborracha y pega a su mujer: hay que recordarse siempre del ladrón crucificado a la diestra de Cristo, que entró en el paraíso el primero.

• • •

En el rasgo sobresaliente del cuarto elemento constitutivo del espíritu ruso, de la historia rusa, es la lucha continua por la existencia nacional. La llanura rusa, abierta por todos lados, tentó a más de un vecino, y cuando se tranquilizaban los enemigos exteriores, los rusos luchaban entre sí por la preeminencia de sus *kniáz'es* (*), entre los cuales no faltaban quienes llamaran en su ayuda a los extranjeros. Aquel desorden duró hasta que el poder central de Moscú se hizo fuerte, autoritario, aplastante y se impuso a todos.

El Estado ruso se formó tarde, en 862, cuando las tribus rusas mandaron a llamar al príncipe varego Riúrik, para que viniese a reinar sobre ellas. Los embajadores encargados de aquella misión expresaron en forma muy pintoresca el anhelo de sus conciudadanos: «nuestra tierra es extensa y abundante, pero no hay orden en ella; venid a reinar y a gobernarnos»...

Riúrik vino y fijó su residencia en Kiev; por eso llamada en la poesía popular «madre de las ciudades rusas».

La Rusia de Riúrik era pagana. Su conversión al cristianismo tuvo lugar sólo en el año 989, bajo el reinado de San Vladimiro, y se hizo sin lucha, ni derramamiento de sangre alguno. El ortodoxismo fué acep-

(*) Kniáz, príncipe.

tado después de un concurso religioso en que compitieron los búlgaros mohometanos, los jozares judíos, los alemanes enviados por el Papa y, en fin, un filósofo griego, mandado por el Patriarca de Bizancio. Este último tuvo la mejor acogida, creo porque los rusos desde siglos estaban en contacto con Bizancio y, consecuentemente, no podían escapar a la influencia religiosa de los griegos.

Apenas realizada la conversión, la Iglesia Ortodoxa empezó a influir en las costumbres sociales y familiares de los rusos en forma decisiva. El cristianismo trajo a Rusia la escritura y con ella la instrucción; aparecieron escuelas, cuyos maestros eran sacerdotes. El código de la Iglesia Griega, «Nomocanón», fué traducido al eslavo y editado bajo el título de «Kórmchaia Kniga» (Libro del Timonel).

Una circunstancia particular contribuyó a aumentar el prestigio de la Iglesia: mientras los kniáz'es dividían el país en un sinnúmero de infantados, de feudos, la Iglesia realizaba la unificación de la tierra rusa por ser única y por ser único su jefe, el metropolitano de Kiev, que llevaba el título de «Metropolitano de toda la Rusia».

La capacidad natural de asimilación de los rusos fué la causa de que el espíritu cristiano hiciera progresos tan rápidos en el ambiente ruso que, medio siglo después de su conversión existían ya monasterios famosos por el ascetismo de sus frailes y aparecieron los primeros santos en la Iglesia rusa. Nada de extraño es,

entonces, que la influencia del cristianismo sobre la moral y aun sobre la economía de la nación fuese muy efectiva.

Los progresos culturales de la Rusia kieviana durante los dos siglos siguientes (el XI y el XII) fueron tan grandes que la posteridad heredó de aquel período dos obras, dos monumentos sin par entre las obras similares y contemporáneas del Occidente: el código civil de Iarosláv el Sabio, *La verdad rusa* y un poema épico, *El canto de la incursión de Igor*.

La Verdad rusa sorprende por la lógica de su exposición y su alto espíritu humanitario que desconoce la pena de muerte; y *El canto de la incursión de Igor* por lo perfecto de su forma literaria, por la visión precisa y clara de lo que era entonces la tierra rusa, por el soplo poético de una elevación incomparable que lo anima.

La cultura, tan tardía y tan precoz al mismo tiempo, fué destruída en el siglo siguiente por las huestes de Genkis-Kan. El sur de Rusia fué invadido y Kiev reducido a cenizas. El centro de la vida estatal se transfirió al noreste, primero a Suzdal y Vladimir; luego a Moscú.

Sobre las consecuencias del yugo tártaro los historiadores rusos discuten todavía: hay quienes le imputan todos los males nacionales, todos los atrasos culturales comparando, claro está, a Rusia con la Europa occidental; otros no le atribuyen ningún efecto nocivo, lo

toman como un factor neutral, ya que los tártaros dejaron a los kniáz'es rusos gobernar sus feudos, respetaron la religión, no se mezclaron en los asuntos interiores y se contentaron con percibir el tributo por intermedio de sus apoderados, de los «bascaqui's».

Creo que nuestros historiadores, unos como otros, discuten fuera del camino que conduce hacia la verdad. Yo afirmo, aun con riesgo de ser acusado de tendencias demasiado originales, que el yugo tártaro ha sido benéfico para los rusos, ya que les obligó a concentrarse en sí mismos, a juntarse más estrechamente alrededor de su Iglesia, a desarrollar sus dotes espirituales, a fomentar su unificación racial, a afirmar su sentido nacional, a hacer crecer su apego al terruño.

Cierto, la vida bajo la férula tártara desarrolló también rasgos contradictorios del carácter ruso: la sensación de la fuerza y de la debilidad; un temperamento tenaz y dúctil a la vez, que mezcló la brutalidad con la sencillez y la insensibilidad con la bondad. Pero hay que darse cuenta de que, aun sin los tártaros, la existencia del pueblo ruso ha sido y es un gran calvario y que una vida dura desarrolla siempre una elasticidad que puede ser considerada como excesiva.

Apenas caída Rusia bajo el yugo tártaro, otros enemigos aparecieron por el occidente tratando de aprovechar su desgracia. En el suroeste Rusia encontró vecinos peligrosos en los polacos latinizados, mientras que en el noreste aparecieron los suecos y los caballeros alemanes de la Orden Teutónica, que se instalaron en las provincias bálticas con la intención de convertir a los

lituanos al catolicismo por la espada y el avasallamiento. Sus incursiones en las regiones de Pskov y de Nóvgorod obligaron a los rusos a rechazarlos violentamente.

No obstante el poco éxito que tuvieron aquellos nuevos enemigos, se puede decir que durante aquel siglo XIII se creó el ambiente exterior, cuya presión el pueblo ruso tuvo que resistir durante cinco siglos y que le aisló definitivamente de la Europa occidental.

Aquella consecuencia indirecta del yugo tártaro, en la apreciación de los occidentalistas fué un mal tremendo, origen del atraso cultural que dejó al pueblo ruso en las tinieblas durante muchos siglos. Pero yo soy nuevamente de otro parecer. La tarea gigantesca realizada por el pueblo ruso durante el período histórico que separa la invasión tártara de la era de las reformas de Pedro el Grande y que consistió en desarmar y aniquilar la fuerza viva de la temible Asia, en unificar la raza rusa, en realizar su maravillosa expansión territorial y, en fin, en formar el espíritu ruso tal cual le conocemos hoy en día, aquella labor gigantesca necesitaba, ante todo, una concentración intensa del pueblo ruso en sí mismo. Concentración que tuvo su eco en el incomparable folklore ruso, que los críticos nacionales y extranjeros, unánimemente, consideran como obra incomparable del genio popular por su variedad y riqueza; concentración que fué el arca potencial de la vocación poética y literaria rusa, que guardó durante siglos la simiente del genio popular para hacerla brotar y florecer en el siglo XIX, siglo de oro de la literatura y del teatro rusos.